

SILUETA, HUMOR Y PINTURA DE ENRIQUE HERREROS

ALEGRE y deportivo, bajito de estatura, con sonrisa de hombre bueno y acciones de serlo mejor, Enrique Herreros acaba de clausurar hace unos días su exposición.

Herreros, que es madrugador porque trabaja y nocherniego porque sigue en la brecha, de cuando en cuando se asoma a las montañas para seguir allí trabajando en la escalada de las montañas. De dibujante y caricaturista a esquiador y de director de cine a «estrella» y extra del séptimo arte, sin olvidarse de ser escritor, decorador y otras muchas cosas, que pueden llenar y aun rebasar la casilla que en los padrones municipales reza «profesión». En todas estas cosas tiene una maestría de verdad Enrique Herreros; una maestría en la que para nada, ni de lejos ni de cerca, hay aires solemnes, ya que este hombre es expresión de sencillez y cordialidad, simpatía y verdadero representante de la raza. Y si ver y admirar lienzos, dibujos y caricaturas de Herreros, es entrar en un mundo nuevo, que mueve a muy varias consideraciones, escucharle es algo que, con frase bastante vulgar, hemos de expresar como «no tenerse de risa», o, mejor aún, «tumbarse de risa».



«El sueño del Sireno».



«La niña Soleá», tema central de la última Exposición de Herreros.

La buena ley, la gracia íntegra y verdadera, cobra en su palabra, en el movimiento de sus manos, en sus gestos, todo un algo indefinible que es sinónimo de un humorismo estilizado en alto grado, pero que, como los buenos versos y la buena prosa, van directos al que tiene la dicha de escucharle, la más grande aún de oírle en el corro de amigos—cuantos menos, mejor—en la intimidad de una larga tarde dominical.

Es un rico venero de anécdotas, de cuentos, de cotidianos sucesos el que Enrique Herreros nos va relatando con esa gracia y encanto inigualables, que nos recuerda con nostalgia a aquel otro maestro de la anécdota y el cuento, músico singular y gran hombre de bien que fué don Enrique Fernández Arbós.

Y traigamos como un arranque de anécdota en la no muy lejana infancia de Herreros una tarde madrileña. Una tarde llaman a la puerta; Enriquito Herreros sale a abrir a su buena y querida tía, que trae a medias escondido en el manguito un gran paquete. Al niño se le van los ojos y las manos también; pero éstas se quedan quietas tras aquél. Pasan todos a la salita de confianza, y la desesperación del chico va en aumento, a pesar del chocolate y los bizcochos. Al fin, ya a punto de marchar la dama, se dirige al pequeño y le dice, poco más o menos: «Enriquito, te he traído una caja de colores; como sé que te gusta tanto pintar...», y añade en cariñoso tono: «Quiero que me hagas un retrato.»

Abrazos del niño, gracias de los padres, los correspondientes y falsos «Para qué te has molestado», y la señora, a la calle, y el chiquillo, armado de caja y un cartón, hacia las habitaciones de dentro, hacia su leonera. A la hora de la partida de la buena tía, en la caja no quedaba nada, y el chicuelo tenía verdes y rojos, azules y amarillos, morados y negros, desde la punta de la nariz hasta el pelo, un frondoso pelo por el que hoy suspira el maestro Herreros, y desde aquél a la punta del pie, sin olvidar un rincón del traje, todos los colores del iris. Como resultado de aquella experiencia pictórica, la primera de su vida, sólo hubo lloros, porque Herreros se ganó unos azotes y la caja se fué al basurero. Sin embargo, en el cartón, una mala cartulina de caja de zapatos, que-

daron perdidos unos intentos de acuarela o de pastel, ¡vayan ustedes a ver!, del maestro de la caricatura y el humor contemporáneo. Y esta es la anécdota que nos relata que el amor de Enrique Herreros por la pintura nace en horas infantiles; luego, a cada instante hay una nueva atadura del muchacho y del hombre hacia el arte en el que hoy ha ganado un alto puesto con los mejores, con los mayores merecimientos, aunque no lo crean algunos señores críticos.

Si cada semana Enrique Herreros nos brinda el humor que para todos tiene fácil entendimiento desde las páginas de *La Codorniz*, de tiempo en tiempo nos ofrece el panorama de una exposición pictórica, en la que logra el triple triunfo de los visitantes, de las ventas y de las buenas críticas.

Hoy Enrique Herreros, que tiene en sus pinceles toda una rica variedad de temas, después de una experiencia «bosquiana», a la que esperamos gozosos vuelva, se nos ha ido a la pintura folklórica. A algo que tomándolo y viéndolo con risa, tiene un profundo conocimiento de la técnica pictórica y en particular una ironía que merece el detenerse despacio en ella. Y esa detención, ese estudio de los lienzos herrerianos, es lo que pedimos a la crítica, ya que ahora nosotros escribimos más como articulistas o reportajistas que como críticos de arte.

«La niña Soleá» es el tema central de la última exposición de Enrique Herreros. Veinte estampas en donde está íntegro, en un tono de amable broma, todo eso que se llama falsamente el «folklore», y que nada tiene que ver con tan noble y bella cosa como es de verdad y sin entrecomillarlo el folklore.

Y tenemos que insistir en que en toda la ironía y la broma de Herreros no hay hiel ni maldad; no hay sino bondad, gracia y alegría, porque ello es lo que se encuentra en su persona, que se da total y generosamente a su arte.

Ahora Enrique Herreros prepara nuevos cuadros, complicadas y sencillas cosas, que van a darle nuevos éxitos. Arte sencillo, que despertará el mejor sentimiento de emoción en los espectadores de sus futuras exposiciones. En una palabra, triunfo y triunfos el

de Enrique Herreros, que un día serán mayores y más universales, cuando cuelgue sus cuadros y sus dibujos en Nueva York, en París o en Río de Janeiro, donde ahora ya se le prepara una exposición, de la que no tardaremos en hablar en estas columnas.

JUAN SAMPELAYO

